

Cuentos

Yessika María Rengifo Castillo*

* La autora pertenece a la Universidad Distrital Francisco José De Caldas, Colombia.
(yessikarengifocastillo@hotmail.com)

Recuérdame, Emily

Ayer, fuimos al neurólogo. Los fuertes dolores de cabeza de Emily, anticipaban el infierno que serían nuestras vidas. Todo comenzó, aquella mañana de junio. Cuando Emily empezó olvidar cosas trascendentales de nosotros.

La fecha de nuestro matrimonio, el nombre de nuestro hijo Pedro Juan, sus avellanas, y el gusto por el cine independiente. Era como si todo se hubiese nublado en su extraordinaria memoria. No podía entender, que le sucedía. Si alguien recordaba todos los eventos de nuestra casa al pie de la letra, era Emily. En un principio, pensé que esa negación de su mente era causa del bebé que perdimos la noche en que se resbaló por las escaleras. Duramos dos años, buscando una hermanita para Pedro Juan. Pero nunca llegaría, Emily no quería saber nada de bebés, después de esa pérdida. No iba a presionarla, nunca lo hice y menos ahora. Me resigné, a que nuestro único hijo fuera Pedro Juan. Quizás, con el tiempo, su instinto de ser madre volvería.

Vaya que equivocado estaba...

La pérdida de memoria de Emily, no era por la pérdida de nuestro hijo. Emily era uno de los porcentajes de Alzheimer, que se presentan en la juventud. Desde ese diagnóstico médico, nuestra vida cambió. Emily no me reconocía, en ocasiones pensaba que era un ladrón. Y me echaba de su lado, a los gritos. Me trituraba el corazón, aunque era consciente, de los síntomas de su enfermedad. Pedro Juan sólo tenía seis años y no entendía por qué su madre lo trataba con indiferencia. Si había era la luz de sus ojos. El llanto angustiante del niño, ante aquel infierno que vivíamos me hizo que buscará ayuda psicológica, para que mi pequeño procesara los sucesos.

Una tarde descubrí que había vuelto a dibujar a la familia feliz. Eso me llenó, de alegría. Porque si mi niño tenía paz y felicidad, soportaría la tormenta.

Hoy llegué muy cansado del trabajo y mi pequeño estaba en casa de sus abuelos. Emily escribe las reseñas, para el diario donde trabaja. Trata de hacer las que más pueda, porque sabe que su lucidez no perdurará. Sugerí que renunciara a esa ocupación, pero se negó y dijo; que mientras tuviera vida y momentos de lucidez, escribiría, que para eso había nacido. Es cierto, para eso nació. Y no seré yo, quien rompa su sueño.

Cuando sintió mis pasos, suspendió la escritura, se acercó, y me besó. Me dijo; que hacía dos meses no la tocaba, y que el niño no estaba en casa. Podríamos tener una noche, como en nuestras épocas de estudiantes. No tenía muchas ganas, no porque no deseara, a mi esposa. Si no, porque temía la pérdida de su lucidez y la vuelta del rechazo.

Emily intuyó mis miedos, y se acercó. Me recordó todo lo que me amaba, dijo que era consciente de que la lucidez pronto se iría. Pero mientras estuviera, quería estar a mi lado. Los besos apasionados de ella, hicieron que mis deseos se incendiaran. Desabroché su vestido rosa, quité el listón negro de su cabello. Y cuando, quedó completamente desnuda. Pude apreciar que seguía igual de hermosa, que en nuestros años escolares. La seguía amando y más que ayer. No quería, que su ahora frágil mente, me la arrebatara.

Mi mujer se sorprendió, al ver que en este encuentro utilizaríamos, condones. Desde que nos casamos había dejado de hacerlo, y ella empezó a tomar pastillas anticonceptivas. Hasta que las había suspendió, hacía un año atrás. En la búsqueda de nuestra niñita, que nunca llegó.

Y con los medicamentos para el Alzheimer, las suspendió del todo. Esa noche, le explique a Emily que sabía que se encontraba en sus días fértiles, por eso estaba utilizando un preservativo. No podíamos ser inconscientes y embarazarnos en la situación que vivíamos. Mi esposa estuvo de acuerdo, y me dijo que si otra fuera nuestra situación; tendríamos otros dos hijos más.

Su respuesta alegró mi corazón, y también creó una tristeza profunda. Nunca tendríamos esos dos hijitos, solo sería Pedro Juan, la mayor representación de nuestro amor. Y no era, que no fuera feliz con mi chiquillo; pero en nuestros años universitarios, nuestro proyecto de vida era tener más de un hijo, porque los dos fuimos sido hijos únicos. Y comprendíamos, la soledad que podría experimentar Pedro Juan. Por eso, queríamos llenarlo de hermanos. Porque en algún momento partiríamos de este mundo, y ellos se acompañarían.

Nuestros gemidos se escucharon por toda la casa, y mi mujer se sentía tan feliz. No dejó decirme, que me amaba. Y el mejor día de su vida, había sido esa tarde de invierno en que nos conocimos. Desde ese día, había tenido el presentimiento que nuestras vidas estarían conectadas por un hilo rojo. Nunca había oído hablar de aquel hilo rojo, y ella me explicó, que no importa en qué lugar, se encuentren aquellas personas que están destinadas para encontrarse. Porque desde que nacen, un hilo rojo las conecta. Y nunca se rompe, siempre se extiende donde quiera que ellas estén. Y esa nuestra historia.

Cuando Emily terminó aquel relato, yo me aferré fuerte a ella. Y le dije; Emily en los días de oscuridad, prométeme que no borrarás de tú mente nuestra historia. Sus ojos miel se inundaron de lágrimas, y en medio de sollozos me dijo; te prometo, que no lo haré Juan Andrés.

No quería, que esa noche terminara. Contemple a mi mujer desnuda en medio del susurro de los colibrís, que arrullaban sus sueños. Se veía tan inocente, tan bella y tan frágil, ante esa terrible enfermedad. Fui el centinela, que aguardaba

el despertar de su pesadilla.

En la mañana, Emily sería otra y yo el taciturno guardián que decidió amarla en los días del arcoíris y la tormenta. Aquel hombre que sólo gritaba, ¡no me olvides, Emily!

No vio su rostro

Los amores a primera vista no existían para ella. Hacía cuatro años, que Emiliano apagó toda posibilidad de éste. Sus continuos golpes, y malas palabras, la hacían pensar que una mujer de campo como ella; no podía aspirar a una vida, a un amor de verdad. Aquellas palabras la acompañarían durante el otoño del 2015, en Dinamarca. Nunca fue una apasionada por las redes sociales, manifestaba que era una pérdida de tiempo ante tantas maravillas, que ofrecía la calle.

Aquel otoño gris, no puedo dejar de contemplar a ese extraño que aparecía en la pantalla de su computadora. Quizás su rostro de niña, o los versos que escribía en noches de invierno, habían atraído aquel hombre. Con ese hombre hablarían durante seis años, sobre las situaciones sociales que atormentaban al mundo. Ese mundo tan frágil, que anhelaba soñadores como él, y ella. De esas conversaciones nació un amor sin final, ella lo amó como el más bello sol de las mañanas. Y él, que era, un artista reconocido en su país, la quiso como a las dulces estrellas de la noche. A pesar de tener una vida con Eloísa, que era una mujer encantadora.

Ella, jamás le reprochó que tuviese una vida aunque le dolía su ausencia. Sabía que cuando no era la banda, era Eloísa, era todo menos ella. Y así transcurrió el camino, entre ires y venires, hasta que ella decidió partir. No pudo soportar que él no estuviese a su lado, y que no llegaran los hijos que tanto anheló, nunca vio su rostro al despertar en su cama.

Semblanza: Yessika María Rengifo Castillo. Escritora colombiana. Docente, Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, especialista en Infancia, Cultura y Desarrollo, y Magister en Infancia y Cultura de la Universidad Distrital Francisco José De Caldas, Colombia. Desde niña ha sido una apasionada por los procesos de lecto-escritura, ha publicado para las revistas Infancias Imágenes, Plumilla Educativa, Interamericana De Investigación, Educación, Pedagogía, Escribanía, y Proyecto Sherezade. Ha participado en diferentes concursos nacionales e internacionales, de cuentos y poesías. Autora del poemario: Palabras en la distancia (2015), y los libros: El silencio y otras historias, y Luciana y algo más que contar, en el librototal.com. Ganadora del

I Concurso Internacional Literario de Minipoemas Recuerda, 2017 con la obra:
No te recuerdo, Amanda.